



## **Misterio de la elección divina**

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

La liturgia de hoy se abre con la invitación a la alegría: “Alégrate, Jerusalén, reúnanse todos los que la aman, regocíjense todos los que estaban tristes, mamarán de sus pechos y se saciarán de sus consuelos” (Is 66, 10-11) con esta antífona se inicia la Eucaristía del cuarto Domingo de Cuaresma, tradicionalmente llamado “Domingo Laetare”. Así la Iglesia nos muestra que el auténtico espíritu cuaresmal es la búsqueda de la alegría profunda, fruto de la amistad con Dios. Nos regocijamos porque la Pascua está cerca, y pronto celebraremos nuestra liberación del mal y del pecado, gracias a la vida nueva que nos trajo Cristo, quién nos hace participes de su muerte y resurrección al invitarnos a formar un solo cuerpo con Él, al ser acogidos en el Bautismo.

Constantemente en nuestra liturgia renovamos las promesas bautismales y lo haremos de manera solemne en la noche santa de la Pascua, hoy por su parte se nos da la anticipación de esta alegría, al revelarse ante nuestra mirada el misterio de la elección de Dios, que mira a cada uno de sus hijos e hijas con su inmenso amor, comunicándonos la gracia, la cual se hace evidente por medio de los signos presentados en las lecturas de este día.

En la primera lectura Samuel es enviado a la casa de Jesé para buscar al sucesor del trono de Saúl. El Señor dirige el corazón del profeta para que pueda mirar de acuerdo a su querer, “No te dejes impresionar por su aspecto ni por su gran estatura, pues yo lo he descartado, porque yo no juzgo como juzga el hombre. El hombre se fija en las apariencias, pero el Señor se fija en los corazones” (1 S 16,7) En el proceso de la elección de David con la pregunta de Samuel a Jesé queda al descubierto el misterio de Dios, que siempre se vale del más pequeño, del humilde. El rey es escogido por Dios mismo, lo cual indica que se trata de una vocación, elegido por Dios para una misión. Así como el pueblo ha sido elegido para el servicio de la humanidad, el rey de Israel es elegido para el servicio del pueblo, lo cual se significa en el cuerno de aceite que lleva Samuel (1 S 16, 1) con la unción el Espíritu de Yahvé inunda a David (1 S 16,13) tal como sucede en nuestro bautismo:



# desdelosimple

Para contemplar la vida

El Pueblo de Dios participa en la función regia de Cristo. Cristo ejerce su realeza atrayendo a sí a todos los hombres por su muerte y su resurrección. Cristo, Rey y Señor del universo, se hizo el servidor de todos, no habiendo venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos. Para el cristiano, servir a Cristo es reinar, particularmente en los pobres y en los que sufren, donde descubre la imagen de su Fundador pobre y sufriente. El pueblo de Dios realiza su dignidad regia viviendo conforme a esta vocación de servir con Cristo. (CEC 786)

La unción confiere al rey el Espíritu de Dios según lo relatado: “Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos. Y, a partir de entonces, vino sobre David el espíritu de Yahvé” (1 S 16, 13) este énfasis muestra que el reinado debe ejecutarse no según los criterios humanos sino según el querer de Dios.

Es asistidos por el espíritu divino como llegamos a realizar la afirmación de san Pablo en su carta a los efesios, que refleja nuestra vocación: “En otro tiempo ustedes fueron tinieblas, pero ahora, unidos al Señor, son luz” (Ef 5, 8) Esta es la proclamación que resuena con frecuencia en la noche de Pascua y en cada momento en que se abren las fuentes bautismales de la Iglesia, gracias al bautismo una nueva vida empieza, lista para dar nuevos frutos en la luz, manifiestos en la bondad, la justicia y la caridad. El agua que es el símbolo del nuevo nacimiento y símbolo espiritual de crecimiento, nos prepara para aceptar la luz de Cristo, signo de que Él nos ilumina, nos acompaña en la vida y nos trae la salud.

Jesús ha sido enviado para iluminar al mundo con su presencia y llama a sus discípulos y cada uno de nosotros para que nos unamos a Él en su misión. El Evangelio nos ayuda a captar la luz que se nos ofrece, para que así podamos iluminar, no con nuestra luz sino inundados de la luz que es Cristo Resucitado, quien vence toda oscuridad. Para ello fijémonos en algunos aspectos del Evangelio que compartimos.

Recordemos lo que significa la luz para el desarrollo del sentido de la vista; es ésta la encargada de permitir la visión que transmite la información captada al cerebro en donde ésta es procesada. Esto ocurre de otra manera en nuestro interior en donde la luz de la fe, ilumina el corazón para que allí podamos amar y servir a Dios. Si la luz no es la adecuada, entonces experimentaremos la enfermedad. Entendemos que más grave que la falta de la luz que no nos permite ver las cosas, es la falta de la luz que no nos permite apreciar la vida. Jesús cura al ciego de nacimiento de ambas cegueras, la de la vista y la del corazón.



# desdelosimple

Para contemplar la vida

En el primer encuentro con el ciego de nacimiento, Jesús le proporciona la manera para que sus ojos puedan ver la luz y con ella pueda distinguir las cosas: “escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, se lo puso en los ojos al ciego y le dijo: Ve a lavarte en la piscina de Siloé. Él fue, se lavó y volvió con vista” (Jn 9,6-7). En el segundo encuentro, Jesús entra en un diálogo fecundo que le permite al ciego abrir los ojos de su corazón para incorporarlo en la luz de la fe: “Supo Jesús que lo habían echado fuera, y cuando lo encontró, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo del hombre? Él contestó: ¿Y quién es, Señor, para que yo crea en él? Jesús le dijo: Ya lo has visto; el que está hablando contigo, ése es. Él dijo: Creo, Señor. Y postrándose, lo adoró” (Jn 9, 35-38).

Son muchos los detalles que rodean este texto sagrado y de los cuales se podrían sacar múltiples enseñanzas a partir de cada uno de los personajes que van apareciendo en la escena, pero quisiera quedarme con estos dos hechos que son necesarios para que en esta Cuaresma, desde nuestro interior, nos atrevamos a hacer lo que el Señor nos pide para que limpiemos nuestra mirada, para que vayamos a las aguas bautismales y nos refresquemos en ella, apartando la influencia del pecado que no nos deja ver la gracia que se nos ha concedido en el bautismo. Restaurados en este tiempo con la confesión sacramental, podamos adorar en espíritu y verdad a nuestro Dios. Comentando este texto Benedicto XVI decía:

Aquel hombre reconoce el signo realizado por Jesús y pasa de la luz de los ojos a la luz de la fe: «Creo, Señor». Conviene destacar cómo una persona sencilla y sincera, de modo gradual, recorre un camino de fe: en un primer momento encuentra a Jesús como un «hombre» entre los demás; luego lo considera un «profeta»; y, al final, sus ojos se abren y lo proclama «Señor». En contraposición a la fe del ciego curado se encuentra el endurecimiento del corazón de los fariseos que no quieren aceptar el milagro, porque se niegan a aceptar a Jesús como el Mesías. La multitud, en cambio, se detiene a discutir sobre lo acontecido y permanece distante e indiferente. A los propios padres del ciego los vence el miedo del juicio de los demás.

Dios en su gran misterio, sigue llamando a sus hijos e hijas para limpiarnos de nuestras cegueras, para conducirnos en el mundo y mostrar su luz. No por nuestros méritos, sino por su infinita bondad. Que la humilde sierva del Señor, nos enseñe a captar la verdad revelada en las Escrituras y disponernos para que siendo asistidos por la gracia la podamos poner en obra.